

LOS QUE LA NOCHE DEVORÓ

“No hay criatura más hermosa que
aquella que puede crear su propia luz”

- Artur Penn, “*El brillo de las luciérnagas*”-.

1.-

La tristeza fue lo primero que vi en ella. Los tristes podemos reconocernos unos a los otros, como compatriotas en un país lejano, ya que la tristeza es una patria, el lugar del que venimos y al que volvemos.

Yo estaba en un café lleno de humo y estudiantes, cerca de la universidad. Tenía frente a mí algunos papeles, un lapicero y unas cuantas ideas sobre cómo debía evolucionar el gobierno de nuestro padre Stalin pugnando por recorrer, imprudentes, el trayecto entre mi cabeza de diecinueve años y el papel manchado de café.

Ella llegó envuelta en un remolino de cellisca, cerró la puerta a su espalda y echó hacia atrás la capucha ribeteada de piel que le cubría el rostro, descubriendo su pelo negro y corto, como el de un chico. Buscó con la vista, encontró lo que buscaba y sus labios se curvaron en

una sonrisa. El resto del mundo quedó arrinconado en la periferia de mi mirada, pues yo solo podía ver la tristeza tras sus ojos, redondos y grandes. No era la desolación del invierno, sino la melancolía del otoño, los tonos castaños de un alma que sabía que las sonrisas son harapos que no engañan ni a la escarcha ni al tiempo.



Aquel día no nos presentaron, pero, lentamente, gravitamos el uno hacia el otro. La tristeza es una de las fuerzas más poderosas del universo. Se acercó a mí en una fiesta, cuando todos estaban borrachos y yo me limitaba a mirar por una ventana, a través de una pequeña brecha en el vaho que mantenía abierta frotando el vidrio con una mano temblorosa por el vodka.

- No quieres hablar con nadie -me dijo, sentándose a mi lado, creando su propio mirador con un movimiento semicircular de la mano.

- Tú tampoco -le dije, sin apartar la vista del cristal.

Sonrió y no dijimos nada más. Al cabo de un rato vinieron a buscarla un par de chicos; a uno de ellos yo lo conocía de vista, era hijo de un pez gordo del Partido, quizá del KGB, ese no era un tema del que se hablara. No en voz alta. Ella se puso de pie y me guiñó un ojo.

2.-

Fue hace mucho tiempo, más de un año, antes de convertirnos en amigos y confidentes, antes de hacernos inseparables e intercambiar todo lo que nos pasaba por el alma como si los oídos del otro fueran un cuenco que pudiéramos llenar con palabras hechas de sueños, de anhelos y de deseos. Sin darnos cuenta, de la mano, derivábamos hacia los estudiantes más críticos con el Partido, con el Comité del Estado e incluso con el propio jefe del Estado. Y, casi sin darme cuenta, Mashenka me rompió el corazón en tantos pedazos que, cuando intenté recogerlos, se escurrieron entre mis dedos como arena.

Como todo amor secreto que nunca fue puesto en palabras o actos, el mío era cambiante. Cuando estábamos solos me alimentaba de ella, de sus gestos, de sus palabras, de su voz; cuando tenía novio, me alejaba; cuando los amantes se sucedían, la odiaba, pero, al final, volvía a ella, no podía dejar de orbitar a su alrededor, como una polilla en su aura, tratando de robar una parte de su resplandor, inhalando sus palabras, devorando el movimiento de las palmas de sus manos. A los novios y los amantes los veía ir y venir, llegar y pasar, quedarse un momento y desaparecer para siempre.

Yo permanecía.

Hasta que pasó lo inimaginable: se enamoró de alguien que no le correspondía.

Pavel llegó a ella como un amante ocasional, pero esta vez fue el corazón de Mashenka el que quedó pulverizado por el encontronazo. Yo no entendía qué veía en él. No era atractivo; para mi desgracia, tampoco era un mal tipo: serio y tranquilo, hablaba poco y no perdía nunca la calma. Era difícil de odiar, hubiera sido mi amigo en otras circunstancias, pero nadie es tan bueno como para que no le odie quien ama a su amante.

Mashenka se enamoró de Pavel, y Pavel se acostaba con Mashenka. Ella le perseguía, le buscaba, trataba de acurrucarse contra él como un gatito indefenso, y él acudía cuando le apetecía. No hacía falta que Mashenka me contara cuándo había visto al muchacho con otra chica, o cuánto tiempo llevaba desoyendo los maullidos de mi amiga. Bastaba con ver las marcas del insomnio bajo sus ojos, el aleteo irritado de sus pestañas, la crispación nerviosa de sus manos. Podía percibir la energía contenida y la desesperación de Mashenka, que se desviaban de su vida privada y se volcaban en la política.

Muchas veces le advertí que tuviera cuidado. Que vigilara qué decía y a quién. Pero no podía. La política era su segunda naturaleza, una vía de escape, algo que devorar cuando sus anhelos le roían las entrañas. Rechazaba mis advertencias con un gesto despectivo.

- Bah. Mi tío es general del KGB. No se atreverán a hacerme nada.

Lo mismo que tantos otros pensaron antes que tú, le respondía yo, y ella repetía el gesto de la mano, reduciendo a la nada mis palabras.

Yo iba a las mismas reuniones que ella, a escuchar a los mismos estudiantes apasionados e impotentes. Compartía sus ideas, aunque

nunca hubiera tenido el valor de moverme en aquellos círculos si no hubiera sido porque era algo que compartir con ella. Si formé parte de aquello –lo cual me agradaba y me hacía sentir orgulloso de mi propio falso compromiso- fue solo porque ella me daba el motivo que necesitaba para reunir un poco de valor. Mashenka no me convirtió en un disidente, pero me ayudó a convertirme en el disidente que soñaba ser.

La gente desaparece. Sin más. Un día están y al día siguiente no, y lo que la noche hiciera con ellos es algo que quedaba entre la noche y la parte más oscura de nuestras mentes, esa que lo sabe todo pero no dice nada. Esa parte donde un reptil nos dice que cualquier noche sería nuestra noche.

Y, sin embargo, nunca creí que llegara la noche de Mashenka.

3.-

Fue tan sencillo que fue estúpido.

Mashenka acudió a una cena y yo no. Estaba constipado, la nariz me moqueaba y, aunque ella tironeó de mi brazo para sacarme de la cama, me negué: dos días más tarde era su cumpleaños y Mashenka llevaba semanas organizando una fiesta. Quería estar recuperado para disfrutarla. Una noche en la cama en vez de un sótano apestando a humo, a sueños y a pésimo vodka me vendría bien. Así que ella fue sola y allí dijo las cosas que decía siempre, pero en aquella ocasión las escuchó quién no debía. Eso fue suficiente para que todo terminara.

Había otras ocho personas en aquella cena. Todos estudiantes. Seis desaparecieron para siempre a la noche siguiente. A algunos los conocía. Buenos tipos y también tipos no tan buenos. Pedantes e ilusos, bienintencionados y generosos, jóvenes como cualquier otro; quizá más

valientes que los demás; con toda seguridad, más imprudentes que los demás. Fueran cómo fuesen, nadie merece que la noche lo quiebre.

Cuando llegó la mañana, la universidad era una corteza de silencio bajo la que hervía el rumor, el cuchicheo, el susurro: los aliados indefectibles del miedo. Todos sabían que aquello no había acabado, que las detenciones iban a continuar, que nadie podía escapar y que el alba solo había brindado una mínima tregua al resto de asistentes a aquella cena. Corrí hacia el apartamento de Mashenka. Me costó que abriera la puerta. Las ojeras de sus ojos eran más pronunciadas de lo habitual.

- Lo sabes -dije, sin asomo de duda, leyéndolo en su insomnio.

Asintió.

- ¿Y qué vas a hacer? –pregunté, ansioso.

Se encogió de hombros.

- Celebrar mi cumpleaños –respondió.

4.-

- Mi veinte cumpleaños será una noche inolvidable.

Había dicho Mashenka una semana atrás y ahora, por supuesto, lo será. Todos sabemos que esta noche vendrán a por ella, como vinieron a por otros antes y como seguirán viniendo a por otros después, una marea de silencio que se traga, noche tras noche, a la Madre Rusia.

Paso la tarde en mi cuarto, atenazado por el pánico, como ocurre cuando alguien que conoces se convierte en alguien que conocías. He compartido con ellos vino del Cáucaso, *borsch* y patatas. He liado sus

cigarrillos de *majorka*. He asentido cuando hablaban de una Rusia mejor, comunista o no, con Stalin o sin él, y, en ocasiones, he movido los labios para pronunciar las mismas palabras que ahora se escribirán en sus actas de acusación, antes de arrojarles a la dentada boca de la trituradora del Estado.

Si no fuera por Mashenka, el único sentimiento que brillaría en mí, grande y cálido como un sol, sería el humillante éxtasis de los que han sobrevivido, el agradecimiento al azar por haberme retenido en la cama. De lo contrario, igual que ellos, yo sería solo alguien que fue. Cuando cierro los ojos, imaginando los sótanos de la Lubianka, las celdas, las esposas, el olor de la sangre y la orina, y el alfiler del dolor clavándose tras los ojos hasta que punta araña la nuca, solo me siento agradecido de no ser yo quien lo sufre.

Si no fuera Mashenka...

Pero sí es Mashenka.

Vendrán. Vendrán a por todos los que estuvieron allí, como siempre hacen. Como siempre harán. Si no sabían su nombre, lo sabrán ahora. Nadie puede callar cuando empiezan las preguntas. A veces me he preguntado si yo podría aguantar suficiente, drogado de amor no correspondido. Ante ese pensamiento mórbido, solo he podido responderme con otra pregunta: ¿Cuánto es suficiente? ¿Hasta la muerte? ¿O hay un punto anterior, un momento en que el dolor es lo bastante convincente y se detienen, aunque no hayan escapado de tus labios los arcanos trazos de los nombres? En cualquier caso, ya no tendré la necesidad de conocer la respuesta, pues, a estas horas, otros labios, desesperados, habrán susurrado su nombre a las garras de la noche.

Llego a pensar en no ir. Lo mismo harán otros muchos. No ir a la fiesta, pues el contacto con alguien contaminado es contaminante. Estar en la misma habitación que Mashenka puede ser suficiente para que tu

puerta sea la próxima donde llamen. De qué la conocías. Quién os presentó. Qué te contó. De qué te habló. Qué ideas compartiste con ella. No hace falta más que la sospecha para ser enemigo del Estado. No ir es la respuesta racional. Hacer como si esa chica de pelo corto y ojos de otoño no hubiera existido, como si nunca la hubiera amado, como si ella nunca hubiera ignorado el regalo de mi corazón. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa se merece? Fue tan estúpida de amar a otro y tan imprudente como para escribir su nombre en las listas de la madrugada. Lo merece. Borrémosla de la memoria. Hagámosla olvido.

Pero no puedo, claro.

Porque no toda la arena que un día fue mi corazón se desvaneció en el viento. En algún lugar de mis huesos, en algún rincón de mis venas, siguen existiendo esquirlas que laten y pulsan al ritmo de su respiración. Si no voy, todos sabrán que soy un cobarde como los demás. Lo soy, claro, pero no puedo consentir que se sepa. Yo soy mi mayor secreto: qué nadie sepa cuánto he amado a Mashenka, que nadie sepa lo que cobarde que soy, que nadie intuya el miedo que me posee, el temor que inspira cada recoveco de mi vida.

Así pues, voy a la fiesta. No por amor. No por valor. Voy para que no sepan que soy un cobarde.

5.-

Más que una fiesta, es un baile de máscaras, en el que las sonrisas impostadas tensan el aire y el miedo tiembla como una cuerda de violín. Las carcajadas suenan a vidrio, los ojos miran por la esquina de sus cuencas y se desvían, fugaces, a las manecillas de los relojes. Miro a los asistentes y sé que están allí para ser vistos, listos para abandonar el abarrotado apartamento antes de que la noche se espese y se haga sólida, antes de que lleguen las horas de la madrugada, las de los frenazos de

automóviles oscuros, los pasos en las escaleras, la llamada en la puerta retumbando entre paredes de insomnio.

He bebido demasiado. Qué otra cosa podría haber hecho. Había bebido antes de llegar. Cuando Mashenka ha abierto la puerta y me ha visto, sus ojos se han abierto, llenos de alegría. Se ha abalanzado sobre mí y me ha abrazado. Por un lado, me siento pletórico por la felicidad que le ha supuesto verme. Por otro, siento una amargura profunda, una bilis ardiente en la boca del estómago, al comprender que ha llegado a pensar que no acudiría.

Es una fiesta extraña, en la que se desea felicidad para el año venidero a una persona que no estará allí al día siguiente. Ríen en su salón, y mañana harán como si no hubiera existido, tan aliviados por no haber sido ellos que sentirán vergüenza de recordar que existió una luciérnaga llamada Mashenka, capaz de convertir, con una carcajada, el aire en agua cristalina. Algunos la observan casi sin disimulo, mientras danza de un grupo a otro, de un invitado al siguiente, partícipe de su propia comedia. No soy capaz de integrarme en el reparto. Busco un rincón para beber en silencio, mientras la opereta avanza hacia sus últimos actos.

Cuando Pavel llega, muchos invitados ya se han ido. Saluda a unas cuantas personas y se sienta con un vaso de vodka en la mano a fumar en silencio. Me saluda con un gesto de la cabeza, desde el lado opuesto de la habitación. Mashenka se mueve como una estrella fugaz. Desde nuestros rincones, Pavel y yo la observamos, despidiendo a quienes abandonan el apartamento, creando el vacío y el silencio, la soledad en la que llegarán los verdugos. Me doy cuenta de que estoy apretando el vidrio hasta estar a punto de quebrarlo, rabioso conmigo mismo. Solo soy otro de los bufones.

Al final, solo quedamos Pavel y yo. Cuando la puerta se cierra tras el último invitado, Mashenka se apoya en ella un segundo y deja escapar un largo suspiro. Siento ganas de aplaudir, y me doy cuenta de

lo borracho que estoy. Ella permanece inmóvil un parpadeo y, después, abre los ojos y cruza la habitación con grandes zancadas, aparta de un manotazo las cortinas del balcón y abre la doble puerta para que el helado aire nocturno barra el salón. Unos copos de nieve, desorientados, aletean en el interior antes de desvanecerse. Mashenka se desploma en un sofá, frente al balcón abierto. Me hace un gesto. Con paso inseguro, voy hacia ella y me siento a su lado. Deja caer suavemente su cabeza sobre mi hombro, mientras me quita el vaso de las manos para beber un largo trago.

- Estás fiestas son agotadoras, ¿no creéis? –dice.

- Las odio – corroboro, por decir algo. Pavel no dice nada.

Escucho el reloj de pared a mi espalda, el arrastrarse de su mecanismo, las agujas rascando la esfera como uñas; cuando se fue el penúltimo invitado, faltaban pocos minutos para la medianoche. Miro a Mashenka. Pensé que tendría los ojos cerrados, pero no es así: observa las luces de Moscú al otro lado de su pequeño balcón, las farolas tiñendo de naranja el blanco de las aceras y calles. Ni un sonido llega de la calle.

- Ha estado bien -dice Pavel, y no sé a qué se refiere.

Pavel se levanta y se sirve una copa. Sé lo que pretende: hacerme notar su presencia, que estoy de más y que ha llegado el momento de que desaparezca de la escena. Desea la intimidad de los amantes. Mi primer impulso es de tristeza, luego un chispazo de autocompasión y, por fin, una oleada de rabia que me anega, tensándome los labios, haciéndome apretar las mandíbulas. Es solo alcohol, conmiseración e impotencia, pero no puedo evitar sentirlo, atrincherarme en ese sofá como si fuera la última línea de defensa de mi mundo, como si permaneciendo allí pudiera salvar a Mashenka.

Mientras Pavel hace sonar innecesariamente los hielos, Mashenka se refugia contra mi costado, huyendo del frío que entra por el balcón.

- Me gustaría poder ver las estrellas –dice.

Pavel permanece en pie un minuto, observándonos. Bebe su vodka casi de un trago. Mashenka le sonrío y le sigue con la mirada mientras abandona el piso, con sus movimientos pausados, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si aún esperara que yo me marchara o que ella le pida que se quede. O, tal vez, solo como un tipo que no tiene prisa. Escuchamos sus pasos descendiendo por la escalera y me pregunto si resonará igual cuando suban ellos.

Los que no tienen nombre ni rostro.

- Es tarde -me dice Mashenka- Tú también deberías irte.

Tiene razón. Pero, a fin de cuentas, ¿qué importancia puede tener la razón? Además, ¿ir a dónde? Querría salvarla, tener escondida en la palma de la mano una idea, pero no hay nada. Lo único que puedo hacer es ser el último. Esa es la expresión máxima de la impotencia: no poder ofrecer otra cosa que estar presente. No hay forma de expresarlo con palabras, así que me limito a inclinar mi rostro sobre su cabello y depositar un beso suave, un nimio rozar de labios que ella ni siquiera siente.

Se duerme con la cabeza contra mi pecho, su mejilla sobre mi corazón, que le acaricia el rostro con cada latido. Mi brazo se duerme, pero no me muevo. Por nada del mundo la despertaría. En algún recoveco infantil de mi cerebro, aún pienso que, si cierras los ojos, quien te busca no podrá verte, de modo que bajo los párpados. Y, mientras respiramos casi al unísono, antes de dormirme, pienso: ojalá el resto de nuestras vidas hubiera sido así.

Llegaron envueltos en la madrugada, como siempre supimos que llegarían. Llegaron escondidos en el silencio, como siempre lo habían hecho. Llegaron nacidos de la oscuridad, pues nunca fueron otra cosa que tinieblas.

Nos despertaron los golpes en la puerta. No llegamos a escuchar el coche deteniéndose frente al portal ni los pasos apresurándose en las escaleras. El sueño nos ahorró la angustia de aquellos segundos, el preguntarnos si buscarían a otra persona, si irían a otro piso, incapaces de renunciar al último abrazo de la esperanza. Abrimos los ojos con el primer golpe, sorprendentemente civilizado. Nos miramos. Moví los labios, pero no salió ningún sonido. Mashenka colocó un dedo sobre mis labios, un contacto que solo duró un segundo, y se levantó.

- Un segundo, por favor – dijo.

Me ahogué en desesperación. No sirve de nada saber lo que va a ocurrir: el instante en que ocurre es diferente a todo lo imaginado. Pensé cien planes en un instante, pero no eran sino sueños vanos. Me sentí patético, tan inútil, tan impotente. Lágrimas de vergüenza me quemaron detrás de los ojos y mi única victoria fue conseguir no derramarlas. Mashenka se deslizó a mi lado, como un sueño que se deshilara al aproximarse el despertar, y giró el pomo de la puerta.

Cuatro hombres se agolpaban en el descansillo. No habían encendido la luz y la lámpara del apartamento de Mashenka dejaba sus rostros en penumbra, borrones bajo las alas de sus sombreros y sobre los cuellos de sus abrigos. El único color que había en ellos era la nieve fundiéndose en los hombros de sus gabanes.

- Buenas noches, señorita -dijo uno de ellos, con una cortesía que me pareció fuera de lugar.

- Le ruego que nos acompañe de inmediato, sin escándalos -soltó otro, sin más preámbulo.

Quise dar un paso adelante. Las cosas no podían terminar así. No podía suceder. No a Mashenka. No a ella. Uno de ellos debió de advertir mi amago e introdujo la mano en el bolsillo del gabán en un gesto inequívoco. Mashenka se giró, me miró a los ojos y acarició mi mano con la yema de sus dedos, un contacto fugaz. Al contacto con su piel, cualquier atisbo de energía que me quedara se diluyó. Quizá algo así era lo que sentían los animales cuando les hablaban los santos. Los santos o los mártires.

- Denme un minuto para coger mi abrigo -dijo Mashenka, y su voz sonó grave, llena de aplomo, con una serenidad desmentida por el ligero temblor en su garganta.

El hombre la miró, sorprendido. Sin duda, esperaba gritos, lloros, súplicas. Sentí una punzada de orgullo, como si parte del valor de Mashenka fuera mío. Entonces, el hombre dijo:

- No hablaba con usted, señorita -miró por encima del hombro de Mashenka y me señaló con un dedo, amarillento por la nicotina- Hemos venido a por él.

- Tiene que ser un error -balbuceó Mashenka, paseando la mirada de ellos a mí, sin acabar de comprender qué estaba ocurriendo.

No era un error. A fin de cuentas, ella tenía un tío que era general del KGB, y yo había estado en las mismas reuniones y los mismos sótanos que ella. Sentí ganas de reír, pero logré ahogar a tiempo esa carcajada, mezcla de alivio y pavor. Me volví hacia Mashenka y tomé su cara entre mis manos; acerqué mi rostro al suyo y toqué la punta de su nariz con mis labios. Después, rozando el lóbulo de su oreja, un instante antes de que me alejaran de su lado, le susurré:

- Vive.

Dos hombres me sujetaron los antebrazos mientras bajábamos por la escalera. Antes de llegar al descansillo, alcé la vista y vi a Mashenka recortada contra la claridad que salía de su apartamento. La luz resbalaba a su alrededor, nimbaba su cuerpo como el aura de un hada y le hacía parecer lo que para mí siempre sería: una criatura del alba, orlada por la claridad. Cerré los ojos, pues ese era el recuerdo que quería llevar conmigo. Cuando llegué a la calle, donde nevaba suavemente, sonreía, porque, mientras la oscuridad me llevaba consigo, sabía que hay luces que ni la noche más profunda acierta a extinguir.